

La anexión de la banda oriental del golfo de Urabá en 1905, fue el gran reto de Antioquia en la ocupación de la frontera selvática del noroccidente colombiano. Además de su oferta en recursos naturales, la región era un paso obligado para conectar el interior montañoso con el mar Caribe, además de vincular los océanos Pacífico y Atlántico. Se cercenó así administrativamente la comunidad cultural y de intereses económicos que había construido la región en los siglos precedentes con ciudades como Quibdó y Cartagena de Indias, de la órbita del mar Caribe.¹

Mientras el interior andino del departamento de Antioquia estaba vinculado a los mercados mundiales y gozaba ya de una definida identidad dentro de la nación colombiana, la frontera de Urabá era asumida por los antioqueños en inferioridad moral e intelectual, algo que legitimaba la “tarea redentora”, para salvarla del caos y la barbarie.² Si los pobladores eran “bárbaros” el medio físico que les servía de hábitat, debía ser lógicamente, una densa y peligrosa selva, bordeada por un mar embravecido. Y es justamente ésta, el escenario de los padecimientos de los misioneros del Carmen Descalzo, llegados algunos años después de producirse la anexión de Urabá a Antioquia. La vinculación de la agreste región al interior de la provincia, se opera en gran parte mediante los carmelitas descalzos, quienes a su vez, pensaban la región desde una configuración colonial, aspecto que desarrollaremos aquí.

@|èÈÒÛÈäX@†\X@'ÚÁÍÒÚÁÆÓæÛ@ð@ ÞÈÈä\@ŠØ@ÈÛÆeÈÛèäÞ@ÈÈØ@ÒÛèÈäÒÞä@ÆÞÛ@ØÁ @ÆÞæèÁ@ÈÛ@äÁÁÁ@br`Zbrl X@sÈÈÈØÚÚÛX@a'ÛOiÈäæÒÈÁÈ@ÈÈ@,ÛèÒÞæèÒÁX@d``\@ŠØ @ÆÞÚàØÈÒÞ@ð@Á@ÛÈÛèÈÞ@èäÁèÚÁèÒÆÞ@ääÞÆÈæÞ@ÈÈ@ÁÛÈðÓæÛ@ÈÈØ@a'äÁÁÁX@Æ ÞÛÞÆÒÈÞ@ÈÛ@ØÁÁhistoria regional como la “colonización de Occidente”, ha sido abordado por varios autores, entre quienes recomiendo especialmente a Steiner, por la discusión sobre las “empresas de colonización de la conciencia”, aspecto referido a la misión carmelita en Urabá.

² Ibid., pp. xiv-xv. La ocupación antioqueña de Urabá se encuadra en el proceso de incorporación de las zonas de frontera a la economía colombiana acaecido entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, un aspecto característico de los cambios en el campo durante este periodo (Legrand, 1988, citada ibid.).

3.1 TRABAJADORES SANOS Y MORALES

En su estudio sobre las misiones católicas en la selva peruana, Wahl se refiere a la consolidación del Estado, y a la exigencia de estructuras complementarias de ordenamiento político y de mecanismos de integración social para lograr su objetivo de formar una nación, cuestión que pasa por el desarrollo de un espíritu de nación, mediante el proyecto paralelo de establecer una comunidad única de bienes e intereses.³ Dentro de este proceso, emergen misiones religiosas, políticas y de promoción social que buscan llenar los vacíos dejados por el control directo del Estado. La ocupación de estas fuerzas sociales se da en un doble sentido:

primero, en tanto suelen crecer en el interior de determinados espacios –cuando no conflictos y contradicciones– entre la llamada sociedad *mayor* y diversas poblaciones en los *márgenes* de ésta; segundo, en cuanto suelen buscar aplacar con dicha ubicación diversas necesidades, *tanto* del Estado como de poblaciones involucradas.⁴

Como en el caso del vecino Perú, donde la falta de integración política efectiva del área selvática motivó la expansión de las misiones católicas hacia el oriente de sus fronteras,⁵ también Colombia necesitaba de personal religioso para lograr el objetivo político de integrar a Urabá.

Dentro del objetivo de vincular la periferia a la nación, el catolicismo era un ingrediente civilizatorio fundamental. Las “regiones extremas” habitadas por indígenas hasta la primera mitad del siglo XX, se etiquetaban como “manchas sombrías en una extensión superior a 800.000 kilómetros cuadrados”. Se requerían “grandes capitales de abnegación y heroísmo, que

³ Wahl, Lissie, “Alucinaciones justificatorias: las misiones de Madre de Dios y la consolidación del Estado-nación peruano”, Pilar García (ed.), *Fronteras, colonización y mano de obra indígena en la Amazonía andina (siglos XIX-XX)*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú-Universitat de Barcelona, 1998, p. 341.

⁴ *Ibid.*, p. 342; itálicas en el original.

⁵ A juicio del Congreso católico peruano de 1896: “ningún cuerpo mejor constituido para realizarlo que el de los misioneros, hombres superiores que reúnen, a la resignación y mansedumbre de los sacerdotes, las virtudes cívicas del mejor de los ciudadanos” (Castelar y Cobián, E., “Las Misiones”, en: *Anales de la Obra de Propagación de la Fe en el oriente del Perú*, 2, Lima, 1902, pp. 213-222, citado en *Ibid.*, p. 345).

sólo se pagan con un cielo eterno”, rasgo que explicaba la falta de instituciones meramente gubernamentales para civilizar a los “salvajes”.⁶ El lenguaje de los convenios celebrados entre Colombia y El Vaticano desde 1887, sopesa el sacrificio misionero implicado en las labores de evangelización, y como contrapartida, ofrece financiación y garantías de diversa índole a las órdenes religiosas en desempeño de la misión.⁷

El pontificado de Benedicto XV realiza una serie de ajustes tendientes a la modernización y al fortalecimiento de las misiones, en pro de racionalizar las intervenciones de Propaganda Fide en los territorios misionales. Tales propósitos se expresan en la carta apostólica *Maximum Illud* (30 noviembre 1919), también llamada “carta de las misiones modernas”, que versa sobre la propagación universal de la fe.⁸

Como parte de la estructura organizativa de la Iglesia católica existen, además de las diócesis de derecho común sujetas a la autoridad de la Congregación Vaticana Consistorial, otras figuras de dicha organización. La prefectura apostólica es, junto con las misiones *sui iuris*, el vicariato apostólico y la *Prelatura nullius*, una de las figuras acuñadas por el derecho misional, gradaciones que se refieren a la paulatina implantación de la fe católica en un determinado territorio y sujetas a la Congregación de Propaganda Fide.⁹ Una prefectura apostólica consiste en una estructura supraparroquial bajo el gobierno del prefecto apostólico, nombrado por El Vaticano, pero sin la

⁶ Eduardo Ospina, S.J., “El clero extranjero”, conferencia en la Universidad Javeriana, Bogotá, 1935, citado en Severino de Santa Teresa, 1957, pp. 82-83.

⁷ APSJN, Urabá, Caja 1, Legajo 1, Erección de la Prefectura, Convenio Santa Sede-gobierno de Colombia, Fomento de las misiones, Artículo V. Antonio Vico. Arzobispo de Filippi, Delegado apostólico y enviado extraordinario de su Santidad León XIII. Felipe F. Paúl, Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, Bogotá (27-XII-1902).

⁸ Gadille, J., op. cit. El primer principio de la postura vaticana enfatizaba en la formación del clero y de las jerarquías indígenas, capaces de tomar el mando de las iglesias. El segundo instaba a las misiones a no ser portavoces de los intereses de sus países de origen, restituyendo al catolicismo su independencia de tal o cual interés nacional. Pío XI confirmó la adhesión a la estrategia de su predecesor, con la Encíclica *Rerum Ecclesiae* del 28 febrero de 1926, y retuvo por objeto principal la promoción del clero local (Ibid., p. 250).

⁹ Álvarez, O., “Notas sobre la etapa más desconocida de un político y escritor vasco: Jon Andoni Irazusta, de parlamentario a misionero en Perú (1950-1952)”, *Revista Fundación Sancho el Sabio*, 14, 2001, pp. 111-120.

investidura de la categoría episcopal, aunque en ciertos aspectos se le reconoce facultades de ordinario u obispo para ejercer en su jurisdicción.¹⁰

Entre 1893 y 1949 se crearon en el país 14 jurisdicciones misionales, como vicariatos y prefecturas, la mitad de éstas entre 1910 y 1920; una cuarta parte se otorgaron a comunidades religiosas españolas, entre éstas a los carmelitas descalzos.¹¹ Y justamente serán esos “capitales de abnegación y heroísmo” movilizados en Urabá, los que se plasman en la narrativa misional, y definen al paisaje selvático como escenario de las “fatigas apostólicas”.

3.2 UNA INMENSA LAGUNA

En el noroccidente colombiano, la húmeda ladera occidental de la cordillera andina mira hacia el valle del río Atrato –el río más caudaloso del mundo en relación a su cuenca–, antes que hacia el océano Pacífico; la principal vía de penetración baja, siguiendo el cañón del río Sucio hacia la llanura selvática, y de allí en dirección noroeste hasta la salida natural en el golfo de Urabá, sobre la costa caribe. La región de Urabá constituye una de las extensiones más grandes de buenos suelos aluviales en las tierras bajas húmedas de los trópicos americanos.¹² El período de lluvias abarca de mayo a diciembre y la duración e intensidad de la época seca disminuyen hacia el sur. El promedio anual de precipitación puede ser de 1.000 milímetros en la desembocadura del río Sinú, de 2.000 milímetros en Turbo sobre el golfo, mientras unos 4.000 milímetros o más empapan las tierras del interior de la región, siguiendo el eje de la carretera al mar que conecta la costa con la capital, Medellín y con la red de pueblos de las montañas antioqueñas.¹³

¹⁰ Ibid.

¹¹ Córdoba, Juan Felipe, *Comunidades religiosas masculinas en Antioquia, 1876-1941*, Medellín, Tesis de grado para optar al Título de Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2001, pp. 164 y ss.

¹² Parsons, James, *Urabá, salida de Antioquia al mar. Geografía e historia de la colonización*, Medellín, Banco de la República-Corpourabá, 1979, p. 9.

¹³ Ibid., pp.13-14.

El golfo y su área de influencia fueron de gran importancia a comienzos de la ocupación hispánica del occidente colombiano.¹⁴ Sin pretender dar cuenta del proceso de repliegue histórico de la región, se analiza seguidamente la construcción del “mortífero territorio” ocupado por la misión carmelita, en contrapunto con la percepción de menor alcance social, que piensa a Urabá como “tierra de promisión”.¹⁵

El Urabá deletéreo no es en modo alguno, una invención decimonónica. De hecho, encajó en la antigua imagen del mundo que oponía las regiones extremas y “frías” del orbe al “calor” del Viejo Mundo, imagen reactivada por el discurso de la Ilustración. El húmedo continente americano era producto de los azotes del Diluvio: ríos inmensos, montañas elevadas y tierras empantanadas, indicios de una desecación imperfecta. La condición bruta de la naturaleza se manifestaba en un “clima cálido y muelle, con exhalaciones húmedas y malsanas que estimulan el espesamiento de una vegetación sofocante”, indicios del mínimo control antrópico del entorno.¹⁶ La contrapartida humana de semejante entorno estaba compuesta por gentes débiles, navegando a la deriva de una baja moralidad, incapaces de poner coto a las fuerzas de la naturaleza y de superar la adversidad.¹⁷

¹⁴ Por la costa urabaense y su Tierra Firme, ingresaron las tropas de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa desde 1509, en paralelo con la presencia religiosa católica. La banda occidental del golfo (hoy perteneciente a Panamá) se llamó Castilla de Oro y se conoce como el Darién, mientras que la banda oriental se nombró como Nueva Andalucía (corresponde al Urabá antioqueño). Santa María de la Antigua del Darién, primera ciudad del subcontinente y primera sede episcopal en 1513, se funda en el litoral. En su avance hacia el interior de Antioquia, rico en minerales, el mariscal Jorge Robledo fundó la ciudad de Santa Fe de Antioquia, varias veces trasladada para escapar a la devastación de los indígenas.

¹⁵ Al calificarla en dichos términos, antepongo la carencia de registros de las voces de pobladores que alguna vez gozaron de las bondades del territorio. Chucho, un viejo amigo embera, recordando su vida en la cuenca del río Murindó hasta los años setenta, me habló de un estado rayano en la felicidad y del quiebre que conllevó para la vida comunitaria, la aparición de grupos armados ilegales en el área.

¹⁶ Buffon, citado en Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 8. Véase también a Bestard, Joan y Jesús Contreras, *Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos. Una introducción a la antropología*, Barcelona, Editorial Barcanova, 1987, pp. 32-33.

¹⁷ Pero la relación entre la selva y los individuos que alberga no es tan deliberada como aparenta. Como lo lee Taussig, el indio riente y desnudo de Casement, criatura en la selva, mas no de ésta, no se confunde con la *Natura mustia*, vestida en exceso y silenciosa; la áspera materialidad de la selva de W.H. Hudson se distingue nítidamente del “salvajismo etéreo” de sus pobladores (Taussig, op. cit., pp. 113-114).

Desde el siglo XVI hasta el presente, distintos actores contribuyen a la visión negativa de las tierras comprendidas entre las bandas oriental y occidental del golfo y que en dirección este, remontan las estribaciones selváticas de los Andes occidentales. Allí, durante la mayor parte del año:

el territorio se convierte en una inmensa laguna; los caminos se borran, las maderas se pudren, los metales se oxidan y el ambiente atmosférico se oscurece. Entonces de las charcas infectas se levantan los mosquitos letales en cantidades innumerables que al picar transmiten las fiebres malas y el paludismo y todas las enfermedades propias de estos climas. El cuerpo humano más robusto pierde paulatinamente la vitalidad; está considerado el clima de Urabá como uno de los más insalubres y mortíferos del mundo.¹⁸

Además de la afectación de la salud, el caos moral de la sociedad se asume como correlato del clima tropical. Esta presunción que condena al nativo de antemano, acecha también al recién llegado. En sus glosas sobre el dilema moral de la civilización, uno de los capuchinos del Putumayo, razonaba “que al hombre civilizado le es más fácil salvajizarse al tratar con los indios, que no conseguir que los indios se civilicen con los actos de los civilizados”.¹⁹ Volveré sobre las derivaciones de esta premisa y las precauciones que suscitó entre los frailes carmelitas.

No hay solución de continuidad entre el mortífero Urabá y la imagen amenazante de una Nueva Granada –hoy Colombia– producto del siglo XVI y que de tiempo en tiempo reproduce la imaginería de ciertos académicos.²⁰ Se cuenta que los soldados hispanos llegados al golfo de Urabá, se abrumaron ante un mar en tempestad y una “tierra áspera, brava e insalubre, azotada a diario por una lluvia torrencial y herida inmisericordemente por el estampido de rayos y de truenos”.²¹

¹⁸ Hernández, Ernesto, *Urabá heroico. Nacimiento, vida y muerte de Santa María la Antigua del Darién, la primera “ciudad” fundada por los españoles en el continente*, Tomos I y II, Biblioteca de autores colombianos, Bogotá, Editorial ABC, 1956, p. 76.

¹⁹ Gaspar de Pinell, 1928, p. 156, citado en Taussig, op. cit., p. 115.

²⁰ Véase Taussig, op. cit. pp.359-362, capítulo 18: “A lomo de indio. La topografía moral de los Andes y su conquista” en particular la crítica a Parry (1979) por su interpretación dramatizada del periplo de los conquistadores desde las tierras bajas hasta los Andes.

²¹ Hernández, op. cit., p. 30.

Santa María de la Antigua del Darién, integrante de la tríada de primeras ciudades castellanas y fundada en 1510, fue la primera en Indias que mereció el rango de ciudad.²² La tropa allí asentada se quejó a la Corona por la muerte de más de 700 hombres en agosto de 1511, por el clima de la ciudad “enfermizo y pestífero y más pernicioso que el de Cerdeña” y causante de palidez similar a la ictericia. El suelo pantanoso y rodeado de fétidas lagunas, las aguas y el aire se corrompían por las emanaciones palúdicas, la villa no tenía puerto, se dificultaba su acceso desde el mar; los alimentos escaseaban y sobrevinieron epidemias. Santa María de la Antigua del Darién resultaba ser “la peor cosa que había en la Tierra Firme, siendo la verdad lo contrario”.²³ A la carencia de bastimento, se sumó la plaga de la langosta, aunque luego las cosechas fueron muy buenas “y no pueden dexar de conocer los que perseveraron que el Darién era la mejor cosa de la Tierra Firme”.²⁴

En su estudio de la imaginería del salvajismo en el Medioevo, Bernheimer plantea que este “implicaba todo cuanto eludiera las normas cristianas y el marco establecido de la sociedad cristiana, y se refería a todo cuanto era portentoso, desordenado, crudo, impredecible, extraño, incultivado”.²⁵ Selva y salvajismo han hecho parte de las necesidades perentorias del orden, que los emplea como contraimagen. Paradójicamente, el cumplimiento de este propósito pasa por la exigencia de preservar la diferencia: “Si el salvajismo per sé no se le acredita con su fuerza, realidad y autonomía propias, entonces no puede funcionar como sirviente del orden”.²⁶ La escritura misionera remite al duelo permanente que sostuvieron los frailes con la región, duelo en que la salud resulta mal librada, pero victoriosa la

²² Piqueras, Ricardo, “Episodios de hambre urbana colonial: las hambrunas de La Isabela (1494), Santa María la Antigua del Darién (1514) y Santa María del Buen Aire (1536)”, *Boletín Americanista*, Año XXXVIII, 48, Barcelona, Universidad de Barcelona, Facultad de Geografía e Historia, Sección de Historia de América, 1998, pp. 211-223.

²³ Según Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo, *La Historia General de las Indias*, citado en Hernández, op. cit., p. 65.

²⁴ Ibid. El análisis de Piqueras devela las vicisitudes de la ciudad darienita en función de la no planificación del proceso colonial. La Corona autorizó la llegada del gobernador general Pedrarias, con 1500 personas, que desbordaron el núcleo de cuatrocientas casas pajizas y el frágil equilibrio mantenido con la población indígena de los contornos, equilibrio que se fue a pique por la excesiva presión demográfica y la carencia de recursos alimentarios.

²⁵ Bernheimer, 1952, pp. 19-20, citado en Taussig, op. cit., p. 276.

conciencia del deber cumplido. Esto deriva en la legitimación de las intervenciones misionales y deja en claro el heroísmo de los actores religiosos, como se verá en otros capítulos.

La búsqueda de lo “desordenado, crudo e impredecible” de la selva urabaense, se observa en otros autores ajenos a la Orden. Mediante un viajero llamado Ander Zubiburu quien en sus andanzas por el noroeste de Colombia topa con un par de frailes carmelitas, Irazusta²⁷ recrea la vida que estos llevan, en un lugar apartado donde hay un grupo de indios. Los han enviado allí para dar clase a los niños y enseñarles un poco de doctrina. Están cerca de Panamá en el desierto, sin posibilidad de hablar con nadie.²⁸ Allí viven en ese rincón más caluroso que el infierno, comiendo lo que cazan, lo cultivado en la huerta y las serpientes que capturan. El viajero vasco, compadecido por la suerte corrida por sus paisanos, contiene el llanto ante las tribulaciones de los frailes, venidos desde los montes de Euskal Herria hasta el desierto americano, para desempeñar un trabajo que los lugareños no habían podido hacer: “los que vivieron entre nieves en su juventud y que ahora están igual en el calor asfixiante”. Los indios despiertan la emoción del viajero y se pone a cantar con ellos. El estereotipo de la vida en los márgenes de la civilización se ambienta con glosas sobre el contrabando, la explotación de oro y de madera, bajo el signo de la violencia y de la transgresión de la legalidad.

Según Taussig, la visión colonial descubre en la Amazonía fuerzas incontrolables que provocan sentimientos de pánico, pero también de fascinación y atracción mágica, y hacen posible una civilización que sucumbe a la hechicería del salvajismo. Emerge en el conquistador un mundo subterráneo y onírico, vertido en el terror y fascinación del otro salvaje. Se fusionan así el mundo inferior de la sociedad conquistadora en la cultura

²⁶ Ibid., p. 276.

²⁷ Irazusta, Jon Andoni, *Bizia garratza da...*, Zarautz, Euskal editoreen Elkarte, 1991. Agradezco a Oscar Álvarez haberme sugerido la consulta del texto y a Laida Martínez por la traducción del euskera al castellano.

²⁸ El concepto cristiano medieval de “desierto” se empleó también por la cultura de la desaparición en Argentina. En la segunda mitad del siglo XIX se hablaba de “conquista del desierto” para designar el avance en territorios indígenas; la reconstrucción como “desiertos” negó la existencia de la población que allí vivía (Menéndez, op. cit., p. 387).

subalterna, no como sincretismo ni síntesis orgánica de las tres fuentes del Nuevo Mundo, sino como salón de espejos donde se reflejan las percepciones que cada cultura tiene de las otras.²⁹

El p. Juan Fr^{co}, joven de gran imaginación que había leído en una historia de viajes, que, a veces, en América los monos acometen en bandadas dando furibundos ahullidos (sic), se figuró, al oír la algarabía ensordecedora de las ranas, que todos los monos del contorno, en son de guerra, se echaban sobre Puerto-César. Despertóse, pues, azorado y nervioso y soñoliento tomó el rifle de doce tiros, que tenía en un rincón de su cuarto, abrió la puerta que da al bosque con suma precaución y, apuntando hacia el arbolado en la densa oscuridad, disparó con toda la furia de un guerrero, cerrando la puerta inmediatamente y diciendo con satisfacción “mañana iré a levantar por lo menos dos cadáveres”. Al día siguiente fue al bosque y nada, había errado el tiro. Un negrito le enteró después de que aquella gritería era de las ranas inofensivas.³⁰

3.3 CALOR, SIEMPRE CALOR

El interés de la misión carmelita por asegurarse la ciudad de Frontino, asunto que marca especialmente la vida del primer prefecto de la misión, padre José Joaquín Arteaga, hacía parte de un mecanismo general de las misiones vascas en Hispanoamérica.³¹ Se trataba de proteger al personal misionero del inevitable “tributo” a las endemias tropicales, enviándolo periódicamente a reponerse en conventos situados en mejores climas. Dada la ubicación geográfica de las misiones hispanoamericanas entre ambos trópicos, era obligada la permanencia en selvas y climas tropicales y ecuatoriales desde el sur de México hasta la frontera norte de la Argentina, cuya alta temperatura y humedad constantes representaron un fuerte choque para los naturales del País Vasco.³²

²⁹ Taussig, op. cit., p. 274.

³⁰ APSJN, Urabá, Diarios de la Misión, Caja 3, Legajo XV, Diario de un misionero (inédito), José Joaquín Arteaga 1921-1922, pp. 20-21 (fotocopia manuscrito).

³¹ Álvarez, 1998, op. cit., pp. 219-220.

³² Ibid. El recelo de los frailes por el clima encontrado en Colombia no se limitó a lo visto en Urabá. Incluso Palmira, una fundación carmelita del próspero Valle del Cauca al suroccidente del país, mereció las siguientes líneas del constructor del convento: “El clima es malsano; la fiebre palúdica y la anemia tropical hacen estragos; por cuyo motivo, se impone la necesidad urgente de hacer los edificios de una construcción especial; pisos altos, corredores abiertos grandes ventanales, [...]. Sentí compasión inmensa al ver aquel estado de cosas, aquel clima

Una característica que exasperaba a los recién llegados era la condición “enervante” del clima,³³ cuyo impacto sobre el organismo no era del todo desconocido, como quiera que durante el estío europeo, se hacían sentir las consecuencias debilitantes sobre la capacidad de trabajo físico. En las Américas, la persistencia enervante del clima a lo largo del año, la experimenta como sigue uno de los vicarios provinciales:

También estuve en Dabeiba, aunque eso no me pertenece a mí. El calor me afectó mucho y estuve casi echado varios días y sin poder tragar nada (...) hoy por hoy es el pueblo principal de la prefectura y allí residen los PP Pascual y Severino. Allí hace mucho calor, eso que dicen que es lo mejorcito de la prefectura: la gente muy inmoral y viciosa: puede ser que la presencia de los PP y las catequistas influya en la regeneración de ese degradado pueblo.³⁴

Los misioneros en general debían adaptarse a las nuevas condiciones de vida. En la carta *Maximum Illud* se ventilan los temas alrededor del principio de “acomodación” útil para lograr su enraizamiento en las sociedades misionadas.³⁵ Los paliativos colectivos consistieron para las misiones vascas, en relajar progresivamente la rigidez de las respectivas constituciones, en lo atinente a conventualidad y a ámbitos de trabajo. Cambian las características de la confección de los pesados hábitos por materiales más livianos y hay mitigación en la estricta regulación de comidas y horario de rezos. Los paliativos individuales corresponden al uso de períodos de descanso y muda de clima por un corto tiempo, hacia lugares de reposo temporal, formalizados por todas las órdenes.³⁶

enervante que deja sin ánimo para nada”. (APSJN, Jerarquía carmelitana, Superior provincial, correspondencia 1921-1926, carta de Andrés de la Sagrada Familia a Provincial, Sonsón (29-VIII-1926)).

³³ La acepción más antigua en el idioma castellano deriva de la etimología latina de la palabra, como algo que resta fuerzas para trabajar y debilita el interés por la actividad; posteriormente se ha popularizado el uso del término para designar “algo que provoca rabia”, “que pone de los nervios”, o sea lo contrario de la primera acepción. Actualmente ambos significados se aceptan en el diccionario (Oscar Álvarez, com. pers.).

³⁴ APSJN, Jerarquía carmelitana, Superior Provincial, correspondencia 1921-1926, carta de Juan Miguel del Niño Jesús Arangoa al P. Provincial, Carmen de Medellín (5-VIII 1923).

³⁵ Álvarez, 1998, op. cit., p. 211.

³⁶ Ibid, p. 213. Sobre el imperativo de la aclimatación corporal en tierras de misiones, véase también a Mondreganes, de P. M. y G. de Escalante, *Manual de Misionología*, Vitoria, Editorial Illuminare, 1933, pp. 345-346.

Acorde con lo establecido por Álvarez sobre las misiones vascas, estas profesaron un determinismo climático que explicaba la baja moralidad de los pueblos misionados. Esto derivó en una literatura sobre el clima como condicionante negativo de la cualidad moral, uno de los arquetipos sobre América forjado por los misioneros.³⁷

Por ello, las medidas de protección contra el clima instauradas por las órdenes, procuraban algo más que el descanso de los cuerpos fatigados. De vuelta al poder contaminante de la selva en los extranjeros asentados allí, se encuentra en la condena a la catástrofe humana de las “caucherías” amazónicas, cómo la Iglesia preveía la fractura de la conciencia:

¿no será el colmo de la barbarie y de la crueldad, el que por fútiles motivos, casi siempre, y no raras veces, como por instinto de ferocidad, azoten a los indígenas con hierros candentes, o los asalten y aprisionen para asesinarlos por centenares o millares, o les devasten sus caseríos y aldeas y los pasen luego a cuchillo, de modo que en pocos años, según se nos ha dicho, han quedado casi extinguidas algunas tribus? Mucho vale ciertamente la codicia del lucro para encrudecer los ánimos, *no poco contribuyen a esto mismo aún el clima y el sitio de las comarcas. Ahora bien, por demorar aquellas regiones en las zonas cálidas, en donde se embota el vigor del espíritu y como que flaquea la virtud; por hallarse tan lejos de los auxilios de la religión, de la vigilancia de la república y aisladas de la vida civil, fácilmente acaece que las gentes que allá llegan, si no son de costumbres depravadas, en breve comienzan a pervertirse, y después, rotos los vínculos del derecho y del deber, se entregan desenfrenadamente a los vicios.* Ni se detienen siquiera ante la edad o el sexo; da vergüenza mencionar las torpezas y delitos perpetrados en la adquisición y tráfico de mujeres y de niños, pues a semejantes crímenes les van muy en zaga los últimos excesos de la corrupción pagana.³⁸

La cita anterior –además de operar la conversión de los victimarios en víctimas de la selva–, permite comprender por qué el desorden de la jungla

³⁷ Álvarez, 1998, op. cit., p. 211.

³⁸ Encíclica *Lacrimabili Statu Indorum* Pío X Papa a los arzobispos y obispos de la América Latina 7-VI-1912, citado en Severino de Santa Teresa, 1957, pp. 73-74 (itálicas mías). Duchet llama la atención sobre la condena de los filósofos del siglo XVIII a la esclavitud y la abominación de la crueldad con los salvajes, cuyo antídoto debía ser la civilización de aquellos, único fundamento moral de un humanismo de conquista considerado por los pensadores de la época (Duchet, Michele, *Antropología e Historia en el siglo de las luces. Buffon, Voltaire, Rousseau, Helvecio, Diderot*, México, Siglo XXI, 1984, p. 18).

debía contrarrestarse con los “hombres probos e íntegros”, soldados del Evangelio. Desarrollaré esta cuestión a propósito de la vida de fray Amando de la Virgen del Carmen, en la línea de glosar el clima como “condicionante negativo de la cualidad moral”.

3.4 EN EL GRAN TEMPLO DEL HACEDOR

Urabá se desdobra también en la narrativa misionera, como lugar de expresión de la grandeza de Dios. Son muchas las páginas escritas por José Joaquín Arteaga y Pablo del Santísimo Sacramento, alabando los prodigios encontrados; en este sentido, se expresa la ambivalencia que generó en los frailes el paisaje de las Américas:

Durante veinte minutos navegamos bajo verde; los árboles nos dan la mano y nos impiden la vista al cielo. Nuevamente la claridad y estamos otra vez en el ancho río. De otro árbol se levanta, preciosa, la luna para reinar en la noche. Yo pienso que me mira y me sonríe; me abre el pecho tras el susto pasado. Me tranquiliza, porque en verdad me daba miedo estar de noche a solas con el negro... La saludo alborozado. Ella, despreocupada de mí, se encarama en el cielo y corre a mirarse en el espejo de las claras aguas.

La noche se ha echado encima plena de misterios. El río sosegado impone su canción grave, monótona, como el rezo de un coro de monjes. La selva encapuchada va pasando el rosario de sus rumores; el lamento de una hoja que cae, la rama que se casca, un viejo tronco que se echa en su sepultura, impelido por los años [...]

El suave balanceo de la frágil champilla y el chapoteo acompasado del canaleta, la luz plateada de la luna me subyuga, suspende y trasporta a la presencia de Dios. Veo a Dios Creador, lo palpo, lo respiro: la luz y las aguas y las sombras y el recogimiento y toda la naturaleza callada en adoración me conmueven hasta hacerme llorar: estoy en el gran templo del Hacedor de todo; me arrodillo y prorrumpo en gritos de loco: “Benedicid al señor todas las cosas...” El negro también se emociona y los dos a coro cantamos la Salve.³⁹

³⁹ Pablo del Santísimo Sacramento, op. cit., pp. 112-113; puntos suspensivos en el original.

3.5 ¿UNA REGION DE MUERTE?

La noción del trópico como violencia condicionaba el discurso médico de la primera mitad del siglo XX. En efecto, “un mal de escasa importancia en la vida civil de los climas templados”, podía transformarse en “un vicio en las condiciones más exigentes de los trópicos”. Desplazarse a tales latitudes era una aventura que exigía excelentes condiciones de salud, sin deficiencias en el sistema inmunológico que dispone y expone a las enfermedades tropicales.⁴⁰

Recuérdese que la construcción social de la enfermedad (sea emergente o producto de una reconceptualización previa), ocurre a partir de variadas percepciones y reacciones que un fenómeno considerado anómalo en una determinada concepción de salud, despierta en uno o más grupos sociales de un contexto sociocultural. Intervienen aquí los agentes sociales y los conflictos presentes o latentes entre ellos, de modo tal que la enfermedad se comporta como una pieza más de las negociaciones y forcejeos en una situación social dada.⁴¹ Como se verá luego, el paludismo –o si se quiere, el riesgo de caer víctima de él–, resultó clave en la brega entre grupos que defendían sus respectivos intereses religiosos y jurisdiccionales. Diríase, recogiendo lo analizado hasta ahora, que Urabá era tanto una trampa para la integridad moral, como para la salud, especialmente por el paludismo “un formidable morbo que ejerce su labor de muerte entre los moradores del Trópico”.⁴²

Paradójicamente, la región resultaba ser una excelente plaza, a la hora de extraer vegetales exóticos de sus bosques y exportarlos a algunos países

⁴⁰ Manson-Bahr, 1924, p. 1, citado en López, Olga y Blair, Silvia, “Relatos de la Malaria”, *Revista Universidad de Antioquia*, No. 268, abril-junio, 2002, p. 46. La estadía en los trópicos afectaba además al sistema nervioso, responsable de la salud y actividad corporal: “Los primeros efectos sobre el sistema nervioso son los de estimulación, seguidos de depresión, y cuando esta última se prolonga, se produce un estado de neurastenia con pérdida de la memoria [...] En los que han residido en los trópicos largo tiempo hay exageración de los reflejos profundos, taquicardia y, finalmente, insomnio y reacciones anormales a los excitantes, que indican una pérdida de dominio sobre los centros superiores, de los que a menudo resulta una irritabilidad mental irrazonada. Las condiciones eléctricas afectan también el sistema nervioso [...]” (Manson-Bahr, pp. 13-14, citado en *ibid.*, pp. 45-46).

⁴¹ Arrizabalaga, Jon, “Cultura e historia de la enfermedad”, Perdiguero, Enrique y Josep M. Comelles (eds.), *Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000, pp. 77-78.

Europeos, donde se adelantaban desde el siglo XIX investigaciones clínicas y de laboratorio con quina, curare, zarzaparrilla, coca, añil, ipecacuana y tagua, estos dos últimos productos obtenidos en las selvas de Urabá.⁴³

Entre los misioneros carmelitas el clima “palúdico y enervante” de Urabá configuró una dupla a la cual difícilmente podían escapar. La Orden tenía alguna experiencia en la lucha contra la “naturaleza bravía”:

lo que se llama en otras partes la jungla no es tanto por las dificultades que opone al paso franco de la Cruz, cuanto por las enfermedades que origina, el que sea temible para los Misioneros. Pero Dios es muy sabio y misericordioso y junto a enfermedades mortales de suyo, ha puesto los remedios al alcance de las manos. El limón es fruta de todo el año; y una jarra de agua de limón por las tardes, allí como aquí, en verano, es un alivio y una medicina; y abunda tanto, que nadie tiene la poca vergüenza de cobrar un solo céntimo, a cualquiera que por favor, o por caridad se acerque a la puerta en demanda de esa obra de misericordia.⁴⁴

Pero no siempre el remedio estaba tan a la mano, y aunque los misioneros observaban precauciones para evitar el paludismo, éste acometía con toda la fuerza, hasta quebrantar el espíritu. Acudiendo a lo más profundo de las imágenes sucedidas durante un acceso febril, Pablo del Santísimo Sacramento restituye en el nivel de las palabras su recorrido por el delirio:

He perdido el conocimiento. Deliro. Un sordo rumor sale de entre las sábanas y almohadas: “Os he dicho que me devolváis mi Cristo. Vamos a ver, ¿hay derecho a que se me pierda el Cristo en la primera excursión? Sí, señor, el Cristo que me dieron en el Santo Noviciado el día que profesé. Se me debió de caer hacia el León, cuando aquel bejuco espinoso me desgarró el santo hábito. Claro, caería en el cieno y ahora cualquiera lo encuentra. Si se hundían las bestias hasta los ojos, ¿no se va a enterrar una cruz de metal? Lo que siento es que la van a pisar los cascos de las bestias. ¡Cuidado, tú, hombre, que la pisas! Da la vuelta, que te encañono el

⁴² Muñoz Berrío, Emilio, *Contribución a la terapéutica del paludismo*, Medellín, Editorial Félix de Bedout e Hijos, 1920, Tesis de doctorado, Universidad de Antioquia.

⁴³ Osorio, I., *Revista Médica* (mayo 1878), citada en Sotomayor, Hugo, “Medicina moderna, instituciones académicas y boticas, en: Sotomayor, Hugo *et al.*, *El arte de curar. Un viaje a través de la enfermedad en Colombia 1898-1998*, Bogotá, Afidro, 1998a, p. 128. Sobre la vinculación de Urabá con los mercados internacionales de la época, véase a Steiner, op. cit., cap. 2, “Tagua, madera y banano”, pp. 33-60.

⁴⁴ “Médicos, medicinas... y otras cosas. (De nuestras misiones carmelitanas del Urabá)”, en: *Revista Carmelitana*, Tucson, año XXII, No. 257, julio de 1945, p. 201.

revolver. Si, ahí mismo se debió de desprender. La llevaba con una cadenita sujeta a una anilla dorada, al lado izquierdo, como Dios y la ley mandan, sobre el corazón. ¿Que huyó de mi lado por estar descontento de mí? No digas tonterías: él no se marcha del lado de nadie; sería yo; pero yo tampoco lo abandono. ¡Sino tengo otro amor! Fué la uña del diablo que se pegó a aquel bejuco y me arañó la cara y el cuello. A ver quién lo encuentra. La cruz es de madera y de metal blanco el Cristo, con la cara amarilla, si, señor, con la cara amarilla de los besos. También lo besó mi madre al despedirse y lo han besado muchos indios y negros. Además, lo colgaba de un palito en los árboles o en las paredes de caña de las chozas y ante Él he dicho muchas veces la Santa Misa. ¡A ver quién me lo devuelve! Es el de mi Profesión; el mismo que besaron mi madre y mis hermanos al despedirme... ¡para no verlos más! ¡Si no lloro, tontos, si no lloro, hermanitos míos, indios y negros; si no lloro! Chigorodó, si no lloro; es que me acuerdo de mi madre... y no la veré ya más... porque estoy enfermo, ¿sabéis?, estoy enfermo y me voy a morir... ¡Oh! ¿qué es eso?, ¡En cada tronco de la selva veo un Cristo! ¡Estan rodeados de guirnaldas de flores, son carlejas. ¿Quién ha sembrado de Cristos floridos la selva? A ver, que me den uno; el mío es aquel, el de la carleja blanca. Este, gracias. ¡Ay!”⁴⁵

3.6 ¿POR QUÉ DICEN QUE URABÁ ES INHABITABLE?

La negativa imagen de Urabá intentó ser despejada con glosas sobre “la abundancia providentísima de la región”, por un nativo, corresponsal de los carmelitas, quien pese a reconocer que “el clima no es sano”, recomendó a los padres las ventajas de Turbo como sede de la prefectura, en vez de Riosucio.⁴⁶ Un observador de la época opinaba que la “leyenda de insalubridad de Urabá” se repetía con “inconciencia automática” por empleados públicos deseosos de atribuirse “ejecutorias heroicas”. Concuera con que al ser Urabá una floresta tropical escasamente desmontada abunde el anofeles; pero al compararla con las hoyas del Magdalena y del Cauca, resultaba aún peor la infección en esas regiones; el viento del sur del invierno y las brisas noroeste del verano, son “dos poderosos ventiladores sanitarios” que llegan hasta los confines de la selva, barren la plaga y tonifican el aire. Pese al “absoluto descuido higiénico de los habitantes y de la carencia de medios preventivos y curativos lo mismo que de nociones elementales de higiene”, los negros, indios, mulatos y aún los

⁴⁵ Pablo del Santísimo Sacramento, op. cit., pp. 160-161; puntos suspensivos en el original.

⁴⁶ APSJN, Urabá, Caja 4, Folder Urabá – Frontino, correspondencia (1a) 1913-1920, carta de Julio (ilegible) a padres carmelitas, Turbo (30-I-1916).

blancos que habitan la región, gozan por lo general de “condiciones normales de salud, apreciable longevidad, numerosa prole y alegría de vivir”.⁴⁷

Esta “alegría de vivir” la constataba otro viajero antioqueño, al afirmar no haber visto “ni un mendigo desde Dabeiba hasta el océano, no necesariamente por amor al trabajo, sino porque son de organismos sanos física y moralmente, a lo cual se añade la feracidad del suelo “en donde cada uno tiene su parte”, cultivado con poco esfuerzo, que aún así les permite satisfacer sus “poco complicadas necesidades”.⁴⁸

Intentando balancear el juicio que flotaba en el ambiente sobre las dificultades para la vida, ocurre que la experiencia de los carmelitas se invocó como criterio de verdad para informar sobre la región. Alusiones a la “raza vigorosa y sana” y a la notable longevidad de los pobladores iban acompañadas de un “... *nadie se muere*, según la expresión gráfica de un Padre carmelita, y en donde son desconocidos la lepra, el cáncer, la tuberculosis y otros de los grandes asesinos que diezman sin piedad las existencias en nuestros centros”.⁴⁹

Un par de argumentos se utilizaron en la defensa de las condiciones de vida de Urabá. El primero, la comparación entre los casos reportados de paludismo de la región, que resultaban inferiores en porcentaje con respecto a los de otros centros urbanos, y el segundo, la negación de la cualidad malsana del clima cálido, inculpando directamente a los forasteros por descuido en su comportamiento:

La ropa y el calzado que se secan encima del cuerpo y el paso de ríos y quebradas sin previo reposo de unos 10 minutos, son la

⁴⁷ Villegas E., Carlos, “El Prefecto de Urabá y la leyenda de los pantanos, las fiebres y las culebras. Informe rendido a la Secretaría de Gobierno en 1930”, en: *Álbum de la Carretera al Mar*, Medellín, El Colombiano, 1954, p. 90.

⁴⁸ Gaviria, Luis M., *Urabá y la carretera al mar*, Medellín, Tipografía Industrial, 1930, pp. 46-47. La feracidad de la tierra, los abundantes frutos tropicales y la productividad de cuatro cosechas anuales de maíz fue también advertida por un carmelita, miembro de la comisión que visitó las fundaciones de la Orden en Colombia. (APSJN, Urabá, Caja 3, Legajo XV, Diarios de la Misión. Diario de Amalio de San Luis Gonzaga, O.C.D. Visita a Colombia (1-VIII-1931-11-XII-1932). Mecnografiado).

⁴⁹ Gaviria, op. cit., pp. 47-48; itálicas en el original.

causa principal de las fiebres y de otras enfermedades que se atribuyen sin razón al clima. Lo que pasa es que juzgan del conjunto por los pocos casos que van de otros climas y que, por falta de precauciones o por excesos cometidos, generalmente, cogen la chapetonada o el paludismo y no tienen en cuenta que lo mismo les pasaría si fueran a Amagá, a Puerto Berrío o a otro clima cálido, que por lo tanto no es malsano.⁵⁰

Empero, los propios frailes carmelitas disientían del optimismo del cronista, y su percepción se refrenda con las observaciones de médicos que habitaron por algún tiempo en Urabá.⁵¹ Aparte de las constantes bajas por motivos de enfermedad incluidas en los informes sobre el personal de religiosos y religiosas de la prefectura, de lo cual me ocuparé en el capítulo basado en el prefecto Arteaga, abundan los comentarios sobre el mal estado de salud de la población. El conocimiento primario de los misioneros durante casi un cuarto de siglo, fundamentó la distinción de un par de zonas desde el criterio de riesgo y también de los pobladores. Entre Dabeiba y Mutatá había un “clima no tan pernicioso como se cree”, y de Mutatá al golfo sólo la “gente de color” era apta para soportar el ardiente clima.⁵² Según la “estadística espiritual” de la época, los misioneros teresianos,

ejercen su ministerio en tribus semisalvajes, compuestas en gran parte de negros, descendientes de los que llevaron allí los españoles para el cultivo de aquellos campos tropicales, y los únicos, casi, que pueden resistir los rigores de aquel sol de plomo derretido, como quien dice, y de aquellos lagos mefíticos.⁵³

⁵⁰ Ibid., p. 51.

⁵¹ Todos los habitantes son palúdicos, no vimos un solo caso cuyo bazo no fuera accesible, o que se presentara algún signo malárico. Su evolución no tiene regla fija, de tal manera que allí se ven “Frios y Fiebres” que dan cada tres o cada ocho días, con un calofrío ligero en los nativos, y la fiebre no alcanza grandes temperaturas, permitiendo muchas veces trabajar a los enfermos. Lo más frecuente es un malestar con curvatura, falta de apetito y pereza para trabajar, sudor frío y piel de gallina. Los que visitan la región empiezan por sufrir tercianas, que se vuelven diurnas con rapidez, y en éstos, los tres periodos son clásicos. La caquexia palúdica es escasa, lo mismo que el acceso pernicioso que generalmente no se presenta sino en San Juan (Velásquez Mejía, Eliseo, *Apuntes para la medicina de Urabá*, Medellín, Tipografía Helios, 1923, p. 15; Tesis para el doctorado en Medicina y Cirugía, Universidad de Antioquia, Facultad de Medicina y Ciencias Naturales).

⁵² APSJN, Urabá, Caja 3, Legajo XV, Diarios de la Misión, Diario de un misionero (inédito), José Joaquín Arteaga 1921-1922, pp.114-115 (fotocopia manuscrito).

⁵³ Florencio del Niño Jesús, *La orden de Santa Teresa, la fundación de Propaganda Fide y las misiones carmelitas*, Madrid, Establecimiento tipográfico Nieto y Compañía, 1923, p. 181.

La imagen del “inhabitable” territorio de Urabá suscrita por los